

La Virgen María, ícono de la contribución de la mujer para la sinodalidad en la Iglesia

P. Alexandre Awi Mello, ISch

Introducción

En el **VI Diplomado** Internacional de Doctrina Social de la Iglesia, promovido por la Academia de Líderes Católicos con el tema “La mujer en la vida pública: feminismos, género e identidad católica en el siglo XXI”, realizado el año pasado, tuve la oportunidad de hablar de María como “ícono de la mujer en la Iglesia, desde el pensamiento del Papa Francisco”. Quizás por esto la misma Academia me haya invitado a participar en este “**I Seminario Internacional de la Mujer**” sobre “Mujer, Iglesia y sinodalidad: escucha y cuidado de la realidad”.

En las sesiones anteriores las reflexiones fueron muy ricas: ustedes se han confrontado con los desafíos y con propuestas concretas para vivir la sinodalidad como mujer desde la vida religiosa, familiar, eclesial, política y social, además de escuchar testimonios de mujeres que transformaron la Iglesia y el mundo.

Hablar de María al final de toda esa reflexión **puede parecer “fuera de lugar”**, visto que ya han identificado cuáles son los desafíos y cómo pueden responder a ellos. Sin embargo, yo diría que, al revés, mirar a María al final de este recorrido es absolutamente **necesario por diversos motivos**.

Primero porque Dios quiso que una **mujer participara esencialmente** en la historia de salvación, una historia que acontece hoy, aquí y ahora, y que no se puede hacer sin María, que, **en su estado glorioso, acompaña a sus hijos** hasta la consumación de los tiempos.

Segundo porque María es **madre** solícita, interesada por la vida del Pueblo de Dios y de cada uno de sus hijos, que **intercede** aquí y ahora para que los **desafíos** identificados en este seminario puedan ser enfrentados **y las propuestas** presentadas puedan tornarse realidad en la vida de la Iglesia y de la humanidad.

Y, en tercer lugar, porque **María es ícono** para la Iglesia y cada cristiano, especialmente para las mujeres, es la imagen, el espejo al cual debemos mirar al momento de poner en práctica todo lo que reflexionamos, es **modelo de las virtudes** que necesitamos encarnar para vivir plenamente el camino sinodal como Iglesia misionera en salida.



El discurso mariano no es, por lo tanto, solo “la guinda de la torta” o “un hermoso apéndice” o aún una “piadosa meditación” al final para que todo “suene” bien y parezca eclesial, católico, sino **una necesidad para la realización** del propio camino sinodal, una **parte intrínseca del proceso**.

Es imposible pensar que María no esté **caminando con nosotros**, en particular con las mujeres, a la hora de “caminar juntos”, sinodalmente. ¡Tampoco es posible pensar que María camine “a la distancia”, sin involucrarse! ¡Los desafíos son enormes, las propuestas son muy osadas! Si miramos el clericalismo, el machismo, los abusos de poder y tantos otros problemas reinantes en la Iglesia, si consideramos la grandeza de las dificultades y la debilidad de nuestras fuerzas, nuestros sueños parecen desvanecerse, ¡todo parece utópico!

Ante una situación así, somos invitados a mirar a María. Mirarla y dejarnos mirar por ella, como tantas veces nos

ha invitado Papa Francisco. Especialmente cada mujer es invitada a mirar a María y decir: **“Ven, Madre, ¡camina con nosotras!** ¡Todo esto va a ser posible porque tú caminas con nosotras!” Y esto, porque Jesús lo quiso así. **Dios no quiso pensar a la Iglesia, a su Pueblo, especialmente a las mujeres, sin María.** Ella va con nosotros, como **Madre, maestra, modelo, intercesora.**

Hagamos, entonces, nuestra reflexión mariana, al final de este seminario, en cuatro pasos: un primero particularmente bíblico que nos hace ver cómo María camina con Jesús y sus discípulos; un segundo que nos muestra cómo María continúa caminando con la Iglesia, el Pueblo de Dios peregrino en la historia; en el tercer paso vamos a rescatar el hecho de que María recorre ese camino como mujer laica; y el cuarto paso – que sirve como conclusión de los pasos anteriores– invita a las mujeres a contribuir en la realización de una Iglesia sinodal mariana.

Esquema:

1. María camina con Jesús y los discípulos
2. María camina con el pueblo de Dios
3. María camina como mujer laica
4. Mujeres por una Iglesia sinodal mariana

1. María camina con Jesús y los discípulos

En esta introducción bíblica –de hecho, toda mariología debe comenzar por el estudio de la Escritura– queremos constatar **dostesis** importantes para nuestro tema: primero que María *camino siempre junto* –sinodalmente– a Jesús y a los discípulos, y en segundo lugar que lo hizo *en su condición de mujer*.

Comenzamos por la segunda. El primer texto de la Sagrada Escritura que hace alusión a María es **Gálatas 4, 4** (texto escrito en torno al año 50 d.C., es decir, antes de los evangelios). Allí María viene presentada justamente –y solamente– como **mujer**. “Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, *nacido de mujer*, nacido bajo la ley, a fin de que redimiera a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos” (Gal 4, 4-5).

Aún no se menciona su nombre, mas ella aparece como el *signo de la pertenencia* de Jesús a la raza humana (nacido de mujer) y al pueblo hebreo (nacido bajo la ley), y *colaboradora* en nuestra adopción como hijos adoptivos de Dios. La mujer de quien nació el Salvador tiene, por tanto, **una misión salvífica de colaboración**: coopera con Dios, con su Hijo Jesús, con nosotros, la humanidad redimida por Jesús. Y eso lo hace como mujer, como madre del Redentor y de los redimidos, como persona que libremente “camina junto” a Jesús, a su pueblo, a los hijos de adopción. *María es mujer sinodal desde el primer texto bíblico* que hace referencia a ella.

De hecho, ya en el Génesis, se había indicado proféticamente que la salvación dependería de la cooperación de una **mujer**. La tradición de la Iglesia ha llamado ese texto el “proto-evangelio”. Dirigiéndose a la serpiente, el Señor dice: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; él (ella) te herirá en la cabeza, y tú lo (la) herirás en el talón” (**Gen 3, 15**). Independiente del problema de

traducción (masculino o femenino en la segunda parte del texto), los Santos Padres constantemente vieron en este texto una referencia al linaje (o descendencia) de la mujer de quien nacerá el que aplastará la cabeza de la serpiente (del enemigo de Dios), es decir, Jesús. *A posteriori* sabemos que esa mujer es **María, la nueva Eva**, nueva madre de los vivientes, la mujer que fue llamada a colaborar en la obra de la redención, “caminando junto” al Redentor y a la humanidad.

De la misma forma, podemos analizar todos los textos marianos del Nuevo Testamento para constatar, como hace el Concilio Vaticano II en el capítulo VIII de *Lumen Gentium*, que María durante toda su vida y después de su ascensión al cielo no tiene otra misión que **cooperar con Jesús y su Iglesia** en la obra de la salvación. Pensemos en su “*fiat*” –hágase– a las palabras del arcángel Gabriel (Lc 1,38) o su disponibilidad a hacer un largo camino para servir a su prima Isabel (Lc 1,39). Ella camina con José y Jesús en la huida a Egipto cuando Herodes trataba de matar a su hijo, y el regreso a Nazaret cuando pasó el peligro (Mt 2, 12-23). Durante el ministerio público de Jesús, **no camina sola**, sino que aparece como parte del grupo familiar de Jesús (Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21): “He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera deseando hablar contigo”.

Sería muy extenso y fuera de lugar hacer aquí una exégesis detallada de cada uno de estos textos, pero quisiera tomar **tres textos paradigmáticos** en este sentido, que muestran el **rol sinodal** de María junto a Jesús y sus discípulos: la capacidad de escucha de María, el camino que hizo en las bodas de Caná y su presencia en el Cenáculo.

a) La capacidad de escucha de María

En el Evangelio María aparece como **la mujer que escucha y acoge** la Palabra de Dios. Lucas destaca especialmente esta característica de María. Lc 2 en los versículos 19 (durante la visita de los pastores en Belén) y 51 (con relación a la pérdida y hallazgo del niño Jesús en el templo) aplica a María el **verbo διαφέρει**, que significa guardar de forma prolongada, confrontar, para indicar la actitud de escucha contemplativa y reflexiva de María, que ante los hechos buscaba hacer un verdadero discernimiento espiritual. Ella conservaba los acontecimientos, meditándolos en su corazón. “Corazón” significa aquí el lugar de la memoria y del afecto. María tiene en consideración los hechos de la vida y trata de discernirlos.

En su peregrinación de fe, María es así **modelo para una Iglesia sinodal** que debe escuchar la voz de Dios que habla a través de los signos de los tiempos, de lo que dicen las personas y del eco que todo esto produce en el corazón, gracias a la acción del Espíritu Santo.

Desde el inicio del Evangelio María es presentada como **la oyente dócil** de la Palabra y del anuncio del Ángel, aunque no entienda los caminos de Dios (cf. Lc 2, 26-38): “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. De hecho, María es exaltada no porque sea, en primer lugar, Madre de Jesús, sino porque escucha la Palabra de Dios y la vive: “En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a la gente, una mujer

de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: 'Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron'. Pero él dijo: 'Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen'" (Lc 11, 27-28).

b) María en las bodas de Caná

En ese conocido texto (Jn 2, 1-12), el aspecto más evidente es la **intercesión** de María a favor de los novios, "adelantando la hora" de Jesús. Aquí se cumple plenamente el título de este seminario: María es la **mujer atenta** que **escucha y cuida de la realidad** de los novios, de sus necesidades¹, pues ella camina junto a los hombres y mujeres en sus diferentes realidades.

María aparece como la mujer que sabe ver la realidad, y con **sensibilidad femenina** se da cuenta de las cosas y actúa. No se queda en comentar con los otros lo que está pasando, sino que hace lo que está en su mano. Se percibe así su capacidad de escucha de la realidad, que debe ser acogida como es, y discernida para descubrir en ella la voluntad de Dios.

Pero hay otro aspecto de este texto que normalmente es menos percibido: María camina con Jesús y sus discípulos ayudando a **despertar la fe** de estos últimos en Jesús. En la estructura del Evangelio de Juan, Caná es el primero de los siete signos que "revelan" la verdadera identidad y misión de Jesús. El texto comienza diciendo que en la boda en Caná de Galilea estaba "la madre de Jesús; y también Jesús fue invitado, con sus discípulos, a la boda." (Jn 2,2). Veamos algunos detalles:

En el Evangelio de Juan no se menciona el nombre de María; ella es "la madre" (cf. Jn 2, 1.3.5.12; 19, 25-27) y Jesús la llama "mujer" (cf. Jn 2, 4; 19, 26), es decir, no aparece como persona aislada, mas es siempre **indicada por su misión salvífica: ser mujer**² y madre. María solo se entiende en su referencia a los demás.

Además, curiosamente en este texto María es la **primera en ser mencionada**. Es ella que va a la fiesta, "y también Jesús fue invitado, con sus discípulos". En la Iglesia sinodal, **María precede** (anticipa, va adelante) el camino de la Iglesia y abre el camino a Jesús y sus discípulos.

Sin embargo, después que Ella indica Jesús a los demás, le presenta las necesidades de la gente e indica a los sirvientes que hagan todo lo que él les diga, **se retira y deja que Jesús domine la escena**, pues él es el protagonista de la salvación. De hecho, es interesante observar cómo termina la perícopa bíblica: "Este principio de sus señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él" (Jn 2, 11).

Se puede constatar, entonces, que el **resultado principal** no es el vino abundante, sino **la fe** de los discípulos (v. 11). Ese es el verdadero milagro, el vino nuevo que trajo Jesús. Y una segunda constatación es la **inversión del orden de los "caminantes"**: "Después de esto bajó a Cafarnaúm, Él, con su madre, sus hermanos y sus discípulos." (Jn 2, 12). Ahora es **Jesús que va al frente, María "camina junto"** a la familia y a los discípulos de su Hijo. Cristo revela así su dimensión

divina, salvífica, provoca la fe de los discípulos y **constituye una comunidad** con María, sus familiares y sus discípulos, la Iglesia naciente.

María, aunque tenga un lugar destacado en esta comunidad, **simplemente camina junto** con los demás, es *la mujer sinodal por excelencia*. De hecho, al inicio del camino, **en la "hora" inicial de Jesús** (Jn 2, 1-12) aparecen **María y los discípulos**, y en la **"hora" final**, en la cruz (Jn 19, 25-27), **permanecen María y el discípulo amado**, símbolo de la comunidad que, bajo el cuidado de María, permanecerá fiel hasta el fin de los tiempos.

c) María en el Cenáculo

Un último aspecto de la imagen bíblica de María que quisiera mencionar es su presencia junto a los apóstoles, las mujeres y los hermanos de Jesús en el **Cenáculo** (Hch 1, 13-14) y probablemente el día de **Pentecostés** (Hch 2, 1-4). María es la mujer sinodal que hace el camino con los demás, participa, se involucra.

Los Padres de la Iglesia no dudaron en indicar el **valor de esta presencia para la unidad de los apóstoles y la impetración del Espíritu Santo**. Muchos artistas han representado este momento con María al centro, orando con los apóstoles en el momento del Pentecostés, con las lenguas de fuego que se posan sobre ellos. Allí está María, humilde y cercana, como mujer y madre.

María enseña a la Iglesia naciente que para encontrar la voluntad de Dios y salir en misión es necesario la **oración**, el **discernimiento**, el don y la gracia del **Espíritu Santo**, que habla en el silencio del corazón y en la comunidad reunida. María es así una mujer sinodal que **hace el camino eclesial con los demás**. No se aísla, no permanece sola, sin relacionarse con nadie o solo con Dios. Se nos presenta unida a los demás apóstoles, perseverando unánimes en oración. Está allí, como siempre fue, humilde, cercana, como mujer y madre, acompañando a la Iglesia desde su experiencia de Dios.

En su principal encíclica mariana Juan Pablo II enseña que: "Después de los acontecimientos de la resurrección y de la ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, **estaba presente** como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que 'avanzó en la peregrinación de la fe' y guardó fielmente su unión con el Hijo 'hasta la Cruz', sino también la 'esclava del Señor', entregada por su Hijo como madre a la Iglesia naciente: 'He aquí a tu madre'. Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia" (*Redemptoris Mater*, n. 40).

Por todo esto, Papa Francisco afirma claramente en *Evangelii Gaudium* 284. "Con el Espíritu Santo, **en medio del pueblo siempre está María**. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1, 14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés".

2. María, camina con el pueblo de Dios

La afirmación anterior introduce el próximo tópico de la reflexión: "En medio del pueblo siempre está María" (EG 284). Esta es no solo la convicción firme del Papa Francisco, sino

la **experiencia bimilenaria de la Iglesia**. La Iglesia nace en Pentecostés y la presencia de María “hizo posible” esa explosión misionera. Desde entonces quien busca María **la encuentra siempre en el Pueblo de Dios**.

Ya en la primera congregación que presidió como provincial de los jesuitas, el P. Jorge Bergoglio desveló su perspectiva de acceso a María (y a las verdades teológicas en general): “El Magisterio te enseñará quién es María, pero nuestro *pueblo fiel* te enseñará cómo se la quiere a María”³. Ella camina con el pueblo porque está en el corazón del Pueblo de Dios.

De hecho, en la vida del Papa, su amor a la Virgen fue creciendo en la medida en que él fue caminando con el pueblo. En la vida del pueblo él descubrió toda la grandeza de María. En este sentido, es elocuente recordar el testimonio de Mons. Victor Fernández, gran conocedor del pensamiento del Papa: “En el caso de los temas marianos lo fundamental para entenderlo a él [Bergoglio] es que *su valoración de la Virgen está mediada por la valoración popular*. O sea, la Virgen en él no aparece como un punto fuerte en cuanto objeto directo de la reflexión personal de él. *Aparece mediada por la piedad popular*... Lo ve como algo tan intenso, tan hondo en la piedad popular y eso de algún modo lo *convierte a él* hacia la devoción mariana”⁴. No hay duda de que el Papa Francisco experimenta a María en íntima conexión con el “santo Pueblo fiel de Dios”. La suya es la **María del Pueblo**.

María es “el regalo de Jesús a su pueblo”, representado en la persona de Juan, en el momento culminante de la cruz (cf. EG 285-286). Jesús no podía dar “por consumada la obra que el Padre le había encargado” sin dejar ese **regalo a su pueblo**. Su último don mesiánico es su Madre, para que fuera la Madre *de su pueblo*. “Sólo después de hacer esto”, recuerda el Papa Francisco, “Jesús pudo sentir que ‘todo está cumplido’ (Jn 19, 28)” (EG 285).

La relación de **la madre con el pueblo de Dios se extiende a los pueblos de la tierra**, como se ve en algunas expresiones del Papa: María es “una madre para todos *los pueblos*” (EG 288), que “como madre de todos, es signo de esperanza para los *pueblos* que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia” (EG 286).

Las muchas **expresiones de la piedad popular mariana** manifiestan esa presencia concreta de María en el pueblo: las distintas advocaciones marianas (cf. EG 286), los santuarios marianos y las peregrinaciones (cf. EG 124 y 286), el pedir el bautismo en un santuario mariano (EG 286)⁵, el “aferrarse” al rosario ante un hijo enfermo o una “vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María” (EG 125). El pastor con olor a pueblo sabe entender esa presencia de María en el pueblo, pues “quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones” (EG 125).

¿Qué importancia tiene todo esto para nuestro tema? Comprender que el lugar de María *es en el pueblo*, que su misión de vida *es para el pueblo* y que su vida *no se entiende*

fuera del pueblo, tiene consecuencias para el **lugar de la mujer en el pueblo**. Aquí se refiere tanto al pueblo en general, en el cual cada mujer está inserida, como al Pueblo de Dios en particular, comunidad de los bautizados en Cristo.

En todo eso María es ícono para las mujeres: el lugar de ellas *es en el pueblo*, son parte esencial del pueblo, y **deben ser vistas como miembros activos del pueblo**. María “amó a Jesús con corazón de pueblo, como se lee en el *Magnificat*”⁶, dice el Papa. Así también el corazón de las mujeres es un corazón de pueblo, sensible a la realidad de los suyos (en la familia, en la comunidad, en la sociedad). La **contribución de las mujeres** para la vida de los pueblos y, en particular, del Pueblo de Dios, es tan fundamental como fue la colaboración de María en la obra de salvación.

Los **pueblos** en general tienen una referencia fuerte a la mujer como dadora de vida, de cuidado, de atención, de transmisión de valores humanos y religiosos. Y lo mismo se da en el **Pueblo de Dios**, dónde la presencia de la mujer es no solo **mayoritaria**, sino cualitativamente irremplazable, en complementariedad y reciprocidad con la presencia del varón. Además, sin la mujer, no se entiende la Iglesia, que “es mujer, es madre”, como el Papa tantas veces ha repetido. La mujer, ícono de María, transmite a la Iglesia las **características propiamente femeninas** que son esenciales a la Iglesia: misericordia, ternura, cuidado, escucha, acogimiento, resiliencia, entre otras.

3. María, camina como mujer laica⁷

En el Pueblo de Dios, las mujeres se posicionan como **fieles laicas**, como lo fue María. Esto no disminuye en nada su valor, lugar y misión en medio de ese pueblo. Como Francisco recuerda siempre: María era más que los apóstoles, tuvo un papel más importante que ellos en la historia de salvación, sin para esto necesitar ser un ministro ordenado. Así también las mujeres no deben sentirse menos por no ser ministros ordenados. **Su rol y misión en la Iglesia es de otro orden**, se da desde su ser plenamente fiel laico, como María. Las mujeres son fieles cristianas laicas por la **fuerza del Espíritu Santo** recibido en el bautismo, el mismo Espíritu que María recibió en la anunciación y que intercedió para los apóstoles en el Cenáculo.

Papa Francisco destaca la íntima **relación entre la Madre de Jesús y la identidad laical**. Delante del Movimiento de los Focolares, realidad laical cuyo nombre oficial es “Obra de María”, dijo: “El Santuario dedicado a ella [María Theotokos], aquí en Loppiano, es una invitación a seguir la escuela de María para aprender a conocer a Jesús, a vivir con Jesús y con Jesús presente en cada uno de nosotros y en medio de nosotros. *Y no olvidéis que María era laica, era una laica. La primera discípula de Jesús, su madre, era laica*. Hay una gran inspiración aquí”⁸.

Francisco invita, enseguida, a tomar esa laica, primera discípula del Señor, como **modelo de cómo caminar** por la vida, **cómo enfrentar la vida laical** cotidiana, concreta, llena de dificultades y conflictos en el confronto con el mundo, como aconteció en aquel episodio tan familiar y laical de las

bodas de Caná: “Un hermoso ejercicio que podemos hacer, os desafío a hacerlo, es tomar [en el Evangelio] los episodios más conflictivos de la vida de Jesús y ver, como –en Caná, por ejemplo–, cómo reacciona María. María toma la palabra e interviene. (...) E imagina, tu imagina que la Madre estaba allí, que vio aquello... ¿Cómo habría reaccionado María a esto? Esta es una verdadera escuela para ir adelante. Porque ella es la mujer de la fidelidad, la mujer de la creatividad, la mujer del valor, de la parresía, la mujer de la paciencia, la mujer que soporta las cosas. Mirad siempre esto, *esta laica, primera discípula de Jesús*, cómo reaccionó en todos los episodios conflictivos de la vida de su Hijo. Os ayudará mucho”⁹.

María es laica porque es *pueblo*. En el apartado anterior dijimos que María se encuentra **en el pueblo**. Y esto se debe porque, ante todo, María es pueblo, es **miembro** de la Iglesia, parte integrante del pueblo e, incluso, **personifica el Pueblo de Dios** en la historia de salvación.

De hecho, ser laico –que etimológicamente viene del griego *laós*, pueblo– significa, en primer lugar, ser **parte del pueblo elegido** de Dios. Un pueblo que Dios eligió ya en el Antiguo Testamento, el Pueblo de Israel, y que, en el Nuevo Testamento, por medio de la acción salvífica de Jesús, se convirtió en la Iglesia, el nuevo “Israel de Dios” (Gal 6, 16). De hecho, por el **bautismo** nacimos para Dios, nos incorporamos a la Iglesia y **nos convertimos en laicos, fieles cristianos**, verdaderos hijos de Dios por adopción, hijos en el Hijo (cf. 1Jn 3, 1; Rom 8, 15).

María es miembro del Pueblo de Israel y primer miembro de la Iglesia, es el verdadero **eslabón** entre el pueblo de la antigua y el pueblo de la nueva Alianza. Está en ambos siempre en condición de “pueblo”, es decir, **jamás** ejerció **función sacerdotal en el sentido ministerial** del término. Su sacerdocio siempre fue, en la antigua y en la nueva Alianza, el **sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios**.

María es, por lo tanto, una **mujer laica del Pueblo de Israel y una mujer laica del Pueblo- Iglesia de Jesucristo**. Camina con el pueblo porque es pueblo. Es importante, entonces, reflexionar sobre su condición de pueblo. Ella comparte lo que Francisco llama el “gusto espiritual de ser pueblo” (EG 268-274). Por eso el Papa afirma, como ya mencioné, que María es más importante que los apóstoles, es decir, es más importante que la jerarquía de la Iglesia, **aunque no tenga funciones sacerdotales**. En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* él explica: “El sacerdocio ministerial es uno de los medios que Jesús utiliza al servicio de su pueblo, pero la gran dignidad viene del Bautismo, que es accesible a todos. La configuración del sacerdote con Cristo Cabeza –es decir, como fuente capital de la gracia– no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto. En la Iglesia las funciones «no dan lugar a la superioridad de los unos sobre los otros» (ChL 51, nota 190). De hecho, una mujer, María, es más importante que los obispos” (EG 104). Por esto Francisco llega a afirmar que “la mujer, en la Iglesia, es más importante que los obispos y los sacerdotes”¹⁰.

El sacerdocio de María y de las mujeres es el *sacerdocio*

común de los fieles (cf. LG 10-12), sin que esto disminuya su misión respecto al sacerdocio ministerial. En el Reino de Dios es mayor quien sirve más (cf. Mc 10, 42-44). La grandeza de María –y, con ella, de todas las mujeres– está relacionada al hecho de ser *parte de un pueblo sacerdotal* (cf. 1Pe 2, 4-10), de un “pueblo” (laós) elegido y consagrado por Deus, diferente de las otras “naciones” (éthen).

Los fundamentos bíblicos de estas afirmaciones son elocuentes y sería muy largo explicarlos aquí. Destaco apenas una referencia bíblica: el **paralelismo exegético de los dos anuncios** descritas en Lc 1. De hecho, sin mayor dificultad se puede constatar un paralelismo entre la descripción que Lc hace de los dos anuncios del ángel Gabriel. El evangelista destaca bien el hecho de que María es una mujer “laica” (aunque no use ese término) de su pueblo. Algunos exégetas observan que Lc 1-2 fue construido con un esquema teológico simétrico: un primer díptico donde aparecen las *dos anunciaciones* a Zacarías (Lc 1, 5-23) y a María (Lc 1, 26-38), acompañadas de un episodio complementario, la Visitación de María a Isabel (Lc 1, 39-80); el segundo díptico es formado por los dos nacimientos: de Juan Bautista (Lc 1, 24-25) y de Jesús (Lc 2, 1-20), acompañados de un episodio complementario: la presencia de Jesús en el Templo (Lc 2, 21-51).

Para ilustrar nuestro tema, nos concentraremos solamente en el paralelismo de las anunciaciones: por un lado, el **anuncio del nacimiento de Juan Bautista** (Lc 1, 5-23) se da en la Ciudad Santa, en el templo de Jerusalén, en su lugar más sagrado (el “santo de los santos”), a un varón anciano, sacerdote en pleno ejercicio de su función sacerdotal, en el momento culminante del culto judío. Por otro lado, el **anuncio del nacimiento de Jesús** (Lc 1, 26-38) se da en una sencilla casa de familia, en una ciudad de la periferia, no en Jerusalén, sino en Nazaret de Galilea, a una joven mujer del pueblo, prometida en matrimonio, durante sus actividades cotidianas, en el ambiente de la vida diaria. El **contraste** es evidente y, muy probablemente, intencional.

Las **reacciones** también son diferentes. Ambos cuestionan, pero el sacerdote *no cree* en las palabras del ángel, *se cierra y queda mudo* (cf. v. 18-20: Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque yo soy un anciano, y mi mujer es de edad avanzada [...]) He aquí que quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no habéis creído en mis palabras, que se cumplirán en su momento). La mujer laica, en cambio, *crea, parte apresurada a servir, saluda y canta su Magnificat* (cf. vv. 34-38: “María dijo al ángel: ¿Cómo se hará esto, pues no conozco al hombre? [...] Entonces María dijo: He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra” / v. 40: “saludó a Isabel” / v. 48-79: “Y María dijo: Mi alma engrandece al Señor, mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador [...]”). La pregunta de la mujer es una petición consciente de aclaración; la del sacerdote es una expresión de desconfianza y descrédito.

De esta forma Dios rompe los parámetros clásicos y preestablecidos. **Por contraste**, Lucas va **perfilando mejor la identidad** de Aquél que va a nacer y, consecuentemente,

la identidad de su madre. María aparece, así, como laica, mujer del pueblo, no como sacerdotisa. No ocupa el espacio sagrado, sino que Dios la encuentra en medio de la profanidad de la vida ordinaria, en el mundo, santificándolo con su presencia. María surge, así, como paradigma del fiel laico, de una espiritualidad laical, o aún más claramente, como **paradigma del protagonismo laical femenino**.

“Ella es ejemplo preclaro de una vida laical en medio del mundo. No caracterizan a la Virgen María los milagros ni las cosas extraordinarias visibles en su vida. Lo más grande se realiza en Ella en medio de la sencillez y simplicidad de lo cotidiano, de los quehaceres de dueña de casa, como mujer del pueblo. Ella no practica una ‘huida del mundo’, sino se santifica en medio del mundo”¹¹.

Algunos teólogos llaman la atención sobre la importancia de “reflexionar en el carácter laical de la mujer, su condición de pueblo y verlo en relación con María”¹². En verdad, la relación de María con los laicos y las laicas va mucho más allá de su carácter de modelo. Si quedáramos solamente en esto, caeríamos en un infecundo “imperativo categórico” del tipo “tú debes ser como María”. Sabemos lo difícil que es “ser como María”, sabemos que **cada mujer es original**. Sin embargo, **María puede inspirar y ayudar** a que nos asemejemos a ella, a que nos apropiemos originalmente de sus virtudes; pero la condición para ello es **partir de una relación personal con ella**. José Kentenich advierte que es *el amor a María que fundamenta la imitación de sus virtudes*. El amor a Ella como **Madre** y la confianza en su **intercesión** ayudan a laicos y laicas a vivir los desafíos de su misión de bautizados en el mundo.

Pero la relación tampoco se reduce a ello. “Existen al menos **tres aperturas de la mariología en dirección al tema laical**, que no sólo iluminan, sino que incluso fundan y explican, en el sentido más profundo, la relación ejemplar y materna de María con los laicos,” explica Michele Masciarelli¹³.

- En primer lugar, se trata de la **condición y función laicales** de María en el *plan de la salvación*. Esa reflexión va en la línea del recién mencionado paralelismo de las dos anunciaciones, destacando la “profanidad-laicidad-secularidad, en la que significativamente comienza a desarrollarse el misterio de María”¹⁴. El autor, después de analizar otros textos bíblicos, concluye que “tanto la profecía del misterio de Jesús (la anunciación), como la realización del misterio de Jesús (la encarnación) o el reconocimiento del misterio de Jesús (la presentación del mesías en el templo) se realizan no por la vía sacerdotal, sino por la vía laical: por la vía mariana”¹⁵.

- En segundo lugar, existe una relación entre el misterio de María y **la realidad laico-seglar**, lo que se puede percibir, por ejemplo, en la Inmaculada, “síntesis simbólica de todas las peticiones existenciales nacidas del corazón de los hombres” y “ejemplo de la perfecta realización del proyecto vocacional propuesto por Dios a la realidad secular-humana total”; o aún por María asunta, como “ícono de la creación transfigurada, plenamente reali-

zada y glorificada”, por la cual, “las actuales fragilidades y la imperfección de la creación están destinadas a ser definitivamente superadas”¹⁶.

- Y, en tercer lugar, el ya mencionado **carácter tipológico e intercesor** de María respecto a los laicos. De hecho, ella es “punto de referencia, desafío y provocación para el pueblo de Dios y el creyente a vivir el compromiso secular y a realizar el proyecto de Dios sobre el mundo”¹⁷.

Además, el autor muestra como María puede ser ejemplo para los laicos **en la vivencia del triple oficio sacerdotal, profético y regio** que todo cristiano recibe por la unción bautismal. Muestra, por ejemplo, como ella puede ser para todo el pueblo de Dios, y para laicos y laicas en particular, *ejemplo de cómo iluminar el mundo con los valores humanos a la luz de Cristo*, “proponiendo con la fuerza de su condición personal-existencial, entre otras cosas, recorrer ‘el camino de la belleza’, pronunciar ‘la opción de los pobres’, reconsiderar a partir de ella, verdadera y auténtica encarnación de lo femenino, ‘la cuestión femenina’ y, finalmente, elevar ‘la cultura de la vida’”¹⁸.

Se puede decir aún una última palabra sobre la dimensión mariana del protagonismo laical **propio de la piedad popular**. La piedad popular mariana, cultivada en general por laicos –en gran parte mujeres– refuerza el protagonismo laical y los lleva –quizás sin darse cuenta– a descubrir y valorar todas esas dimensiones “seculares” de María, discípula misionera de Jesús en la cotidianidad de la vida del pueblo de Dios en el mundo¹⁹. Francisco, en su conocida carta al Cardenal Ouellet sobre el laicado, se queja de que, ante “la famosa expresión: ‘es la hora de los laicos’... pareciera que el reloj se ha parado”²⁰. Pastoralmente se puede esperar que el vínculo a María ponga el reloj nuevamente en movimiento: “Ha llegado la hora de los laicos (y laicas) marianos”²¹.

4. Mujeres por una Iglesia sinodal mariana

María camina con Jesús y sus discípulos, camina en la Iglesia naciente y en la Iglesia de hoy, camina con el Pueblo de Dios, camina como mujer laica. Ella es “peregrina en la fe”, como todos nosotros y **hace camino como mujer**. De esta forma, es **madre, modelo e intercesora** para todo el Pueblo de Dios, y en particular para las mujeres.

“María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de la humanidad, es **artífice de comunión**” (cf. DAp 268). Esta afirmación del Documento de Aparecida, remite a las narrativas bíblicas, ya mencionadas, que presentan a María de Nazaret como la **colaboradora de Dios, en la escucha, el servicio y el cuidado**. Caminar juntos, este es el sentido máximo de la sinodalidad.

María es para nosotros la **educadora de la fe**, para asemejarnos cada vez más a Jesús (cf. DAp, 300b). Como Madre **enseña a sus hijos e hijas** cómo hacer el **camino junto** a Jesús y al pueblo; es así ícono de la contribución de la mujer para sinodalidad de la Iglesia. Mujeres que miran a María, viven y caminan con Ella, se reflejan en ella, logran dar una

contribución más efectiva a la sinodalidad en la Iglesia. Pero ¿cómo? ¿Qué esperar de las mujeres en el camino sinodal de la Iglesia?

Una **Iglesia sinodal necesita de la marianidad de las mujeres** con su aporte propio, en complementariedad y reciprocidad con el aporte del varón. El Papa Francisco se refiere muchas veces a la imagen de la mujer, su lugar en la Iglesia y la sociedad. Este es un **asunto de gran interés** para el Papa, pero siempre **evita las ideologías o un cierto "feminismo desorientado"**. El Papa Francisco sabe que sin María y una correcta comprensión de la mujer, sin la maternidad de ambos, toda la Iglesia está comprometida y carece de maternidad porque **"sin la madre la Iglesia cae"**²².

De ahí la importancia de destacar, estimular y salvar la **femenidad mariana de las mujeres** para que puedan desempeñar su papel en la Iglesia y en la sociedad. **La fuerza de lo femenino** es crucial y, para ser salvado y ayudar a salvar a la humanidad, debe ser asumido por la feminidad de María.

En todos los pueblos la característica principal de María es su maternidad. Papa Francisco está convencido de ello: "María es Madre. En primer lugar y, sobre todo. No podemos concebir otro título para María que no sea 'Madre'"²³. Asimismo, cada mujer lleva en sí un llamado a la maternidad, que no es necesariamente biológica, sino que está asociada a su ser femenino. Aunque **la comprensión de la mujer no debe reducirse a su maternidad**, como tal vez se ha hecho durante mucho tiempo, su **fecundidad y su realización** como persona están vinculadas al **ejercicio de la maternidad física y/o espiritual**. Por eso el Papa Francisco reprocha a las mujeres consagradas que no incorporan una dimensión materna en sus vidas: "¡Una religiosa es una madre, no una anciana solterona!"²⁴

Sobre esta base, se debe afirmar la necesidad de que el pueblo de Dios experimente la **presencia de las mujeres** en todos los niveles. Las mujeres contribuyen a esta presencia mariana y María se expresa a través de ellas. Por otra parte, el Papa Francisco insiste en que el "espacio" para las mujeres en la Iglesia **no se asocia principalmente con posiciones o funciones**, sino con **una actitud femenina y mariana** que es cada vez más necesaria en la Iglesia. Esto no niega la posibilidad de una participación eclesial más institucional, siempre y cuando sea a la manera de las mujeres, y no a la de los hombres.

A la mujer fue confiado, de forma muy particular, **el cuidado de la vida**, la cercanía a la vida concreta. La mujer tiene una sensibilidad especial para el cuidado y la protección de la vida, como lo hizo *María en Belén*. Como *María al pie de la cruz*, la mujer tiene una **capacidad de resiliencia**, especialmente de una madre, no deja de sorprender; la capacidad de entregarse y consumirse por la vida de los demás, en particular de sus hijos (biológicos o espirituales). La mujer **congrega, une a los hijos, crea hogar**, como *María en el Cenáculo*. Su función es así fundamental para una Iglesia que quiere ser familia, pueblo que camina unido.

Francisco llama la atención sobre una característica especial

de la actividad de María: su **ternura**. Esta ternura no rehúye ser **profética y fuerte**, sino que muestra lo que él llama "la *naturaleza revolucionaria* del amor y la ternura" (EG 288). Esa ternura femenina, la **"revolución de la ternura"** es un aporte necesario para el camino sinodal de la Iglesia.

De ahí que las mujeres pueden ayudar a que la Iglesia sinodal, soñada por Francisco, sea una **Iglesia mariana**. En la *Evangelii Gaudium* el Papa dijo claramente que "la Iglesia es una madre con un corazón abierto" (EG 46-49). Destacó "la maternidad pastoral de todo el pueblo de Dios", una maternidad que tiene claras consecuencias para la atención pastoral.

Una **Iglesia con actitudes marianas** es una Iglesia con **actitudes femeninas y maternas**. Las actitudes marianas son las que el Evangelio aplica a María, actitudes femeninas como las de una madre. En un mundo que es un hospital de campaña, "lo que más necesita la Iglesia hoy es la capacidad de curar las heridas y calentar los corazones de los fieles, la cercanía y la proximidad". El Papa Francisco quiere una Iglesia **misericordiosa**, acogedora, una "madre de corazón abierto". Y las mujeres son fundamentales para imprimir esa marca.

En este contexto, Von Baltasar habló de la **"autoridad" mariana de amor típica de las mujeres**. Además, la **receptividad** propia del ser femenino enseña al ser humano a ser un niño, dependiente, criatura ante el Padre Dios. Esta relación filial, tanto ante María como ante el Padre providente, ayuda a la Iglesia sinodal a caminar juntos, a discernir juntos, bajo la mirada y la conducción providencial del Padre Dios y la intercesión de la Madre María. El **vínculo filial maduro** es fundamental para la vida del hombre y de la mujer, y lo es también para el camino sinodal de la Iglesia.

Juan Pablo II en *Mulieris Dignitatem* afirma que **Dios ha confiado a las mujeres lo humano, la persona y el amor**. Sin la misión de las mujeres en el mundo, a imagen de María, existe el riesgo de perder la sensibilidad a lo que es esencialmente humano. La identidad de la mujer está marcada por esa capacidad de amar hasta el extremo, esa maternidad que –según Bergogli– es capaz de soportar "una particular fatiga del corazón" (RM 17), un corazón roto, capaz de sufrir la mayor humillación por su hijo. Las mujeres, como María, son así protagonistas de la **"revolución de la ternura"** proclamada por el Papa Francisco. En la feminidad de María y de las mujeres Dios ofrece al mundo instrumentos privilegiados para un nuevo humanismo.

Conclusión orante

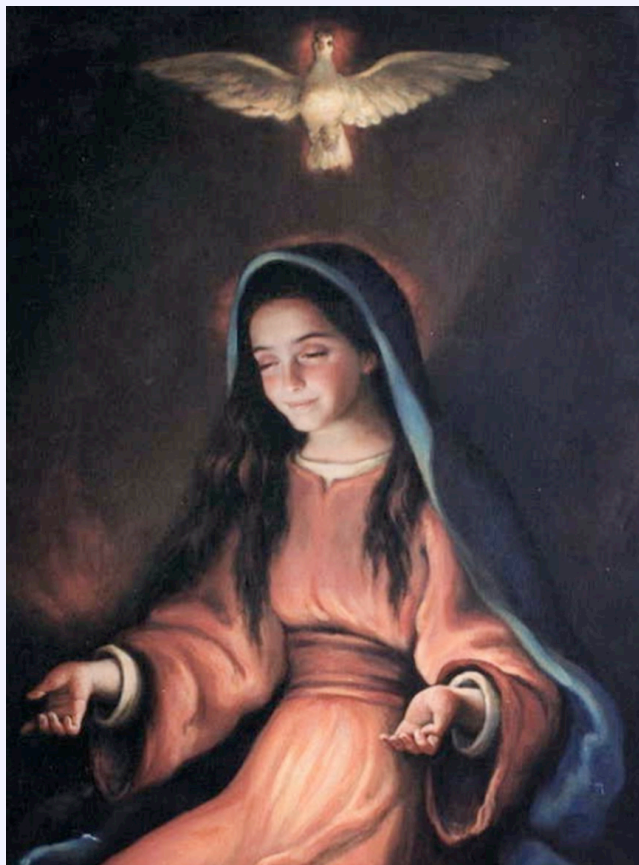
María peregrina con el pueblo de Dios en camino por la historia y se hace presente en su estado glorioso, desde el cual tiene una especial posibilidad de acompañar e interceder por nosotros. De ahí la importancia de invocar a María a lo largo del camino sinodal de la Iglesia.

Tantas veces se ha insistido en que el Sínodo no es un proceso democrático, sino un proceso de discernimiento espiritual, que se hace a la luz del Espíritu Santo. Ningún ser humano, ninguna mujer fue tan dócil y plena del Espíritu de Dios como María.

Quisiera, pues, concluir esta exposición con una oración, poniendo todo el camino hecho hasta aquí y los desafíos futuros en manos de María: *“Cuando consideramos nuestras propias fuerzas, toda esperanza y confianza flaquean; Madre, a ti extendemos las manos e imploramos abundantes dones de tu amor”* (José Kentenich, *Hacia el Padre*, n. 13). El principal don es el Espíritu de Dios, que María implora para nosotros hoy tal como lo hizo en el Cenáculo en favor de la Iglesia naciente.

Como indica el Documento de la Comisión Teológica Internacional sobre la sinodalidad (n. 121): *“María, Madre de Dios y de la Iglesia, que «reunía a los discípulos para invocar al Espíritu Santo (Hch1, 14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés» (EG 284), acompañe la peregrinación sinodal del Pueblo de Dios, indicando la meta y enseñando el estilo hermoso, tierno y fuerte de esta nueva etapa de la evangelización”*.

Por esto el *Vademécum* en preparación al Sínodo 2021-2023 formula esta súplica: *“Que la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, interceda por nosotros mientras recorremos juntos el camino que Dios nos propone. Que, como en el Cenáculo de Pentecostés, sus cuidados maternos y su intercesión nos acompañen en la construcción de nuestra comunión recíproca y en la realización de nuestra misión en el mundo. Con ella, decimos juntos como Pueblo de Dios: “que se cumpla en mí lo que has dicho” (Lc 1, 38).*



NOTAS

1. Ejemplo explícito de la frase que inspira el seminario: “Las mujeres protagonistas de la Iglesia en salida, a través de la escucha y el cuidado de las necesidades de los demás, y con una marcada capacidad de sostener dinámicas de justicia en un clima de ‘calor doméstico’, en los diferentes ambientes sociales en los que se encuentran trabajando.” (Papa Francisco, Discurso a los miembros de la Consulta Femenil de Pontificio Consejo de la Cultura, 1 de octubre de 2020).
2. Término solemne, referido siempre a la actitud de Israel, de Jerusalén. Como veremos, María es personaje corporativo. En María se congregan los dispersos de Israel. El tratamiento “mujer” también coloca María en paralelo con Eva, que fue la primera “mujer” y madre de toda la humanidad pecadora. Puede ser una alusión también a la “mujer” del Protoevangelio (Gen 3,15), como indicado antes.
3. Bergoglio, Jorge. “Una institución que vive de su carisma”, 47. La misma idea fue repetida por el Papa Francisco, en una entrevista que le hice, varias décadas después: “Si quieres saber quién es María, pregunta a los teólogos, si quieres saber cómo amarla, pregunta al pueblo”. O también en la famosa entrevista de Papa Francisco concedida a su confrade Antonio Spadaro en agosto de 2013.
4. Mons. Victor Fernández en entrevista concedida al autor de este texto en 22 de diciembre de 2015.
5. Este es un gesto muy común de piedad popular mariana en el país del Papa.
6. Cfr. entrevista de Papa Francisco concedida a Antonio Spadaro en agosto de 2013.
7. Para este tópico, me apoyo en el estudio: Awi Mello, Alexandre. “Uma leiga chamada Maria: identidade e missão do leigo na Igreja e no mundo”, en: Almeida, João Carlos (Org.). Uma leiga chamada Maria. Aparecida: Editora Santuário, 2019, pp. 13-39.
8. Francisco, Discurso en el Encuentro con la Comunidad del Movimiento de los Focolares, 10 de mayo de 2018.
9. Idem.

10. “Ya lo he dicho, pero lo repito. La Virgen María era más importante que los Apóstoles, los obispos, los diáconos y los sacerdotes. La mujer, en la Iglesia, es más importante que los obispos y los sacerdotes; el cómo es lo que debemos intentar explicitar mejor, porque creo que falta una explicitación teológica de esto.” (Francisco, “Conferencia de Prensa durante el vuelo de regreso a Roma”, 28 de julio de 2013).
11. Schwizer, Nicolás. Espiritualidad laical, en Catholic.net, en <http://es.catholic.net/op/articulos/41897/espiritualidad-laical.html>. Acceso el 18 de marzo de 2022.
12. Alliende, Joaquín, “La cuestión mariana en América Latina”, 432.
13. Masciarelli, Michele Giulio, “Teología del laicado según el Concilio Vaticano II”, en Nuevo Diccionario de Mariología (Madrid: Paulinas, 1986), 1033-1052. Disponible en: Enciclopedia Mercabá, acceso el 18 de marzo de 2022, <http://www.mercaba.org/FICHAS/LAICO/435.htm>
14. Idem.
15. Idem.
16. Idem.
17. Idem.
18. Idem.
19. Ver también: Boff, Clodovis, O cotidiano de Maria de Nazaré (São Paulo: Salesiana, 2003).
20. Francisco, “Carta al Cardenal Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina”, en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papafrancesco_20160319_pontcomm-america-latina.html Acceso el 18 de marzo de 2022.
21. Expresión usada por: Schwizer, Nicolás, “Espiritualidad laical”.
22. Francisco en entrevista concedida al autor de este texto el 6 de septiembre de 2015.
23. Francisco, “Discurso al Movimiento de Schoenstatt en su centenario”, 25 de octubre de 2014.
24. Francisco, “Discurso a la Asamblea General de la Unión Internacional de Superiores Generales”, 8 de mayo de 2013.